
GUÍA DE
LECTURA

CEPLI 
CENTRO DE ESTUDIOS DE PROMOCIÓN
DE LA LECTURA Y LITERATURA INFANTIL ◆ UCLM

¿Somos *princesas*?

Mujeres en la literatura infantil y juvenil

Autores: Santiago Yubero, Elisa Larrañaga y Sandra Sánchez



¿Somos princesas?

Mujeres en la literatura infantil y juvenil

Guía elaborada por:
Santiago Yubero, Elisa Larrañaga y Sandra Sánchez

© de los textos sus autores

© de las ilustraciones sus autores

© de esta edición: Centro de Estudios de Promoción de la Lectura y Literatura Infantil

Edita:

Centro de Estudios de Promoción de la Lectura y Literatura Infantil (CEPLI)

Facultad de Educación y Humanidades

Avda. de los Alfares, 42

16071 Cuenca, España

Con la colaboración de:

Instituto de la Mujer de Castilla-La Mancha

Autores:

Santiago Yubero

Elisa Larrañaga

Sandra Sánchez

Diseño de la cubierta y maquetación:

Fernando Buil

ISBN: 978-84-695-4445-7

Presentación

¿Somos princesas? Antes incluso del nacimiento, el padre y la madre piensan en el bebé de manera distinta si es un varón o una mujer. Visualizan su futuro y hasta imaginan planes diferentes para él o ella. Desde las primeras nociones de género los niños y las niñas comienzan a adquirir rasgos, características y comportamientos asociados con lo que su cultura considera propio de uno u otro sexo. Van elaborando su identidad de género conformando sus creencias sobre cómo es y debe ser cada uno de ellos.

No es extraño que, con todo el cariño del mundo, los padres llamen “princesas” a sus hijas y éstas, al menos durante un tiempo, asuman roles y comportamientos relacionados con las princesas de los cuentos. Seguramente solo se trate de un juego afectivo, que nada tenga que ver con la adquisición de una serie de estereotipos tradicionales de género. Porque creerse una princesa no es malo si en ello no se esconden estereotipos de género que discriminan a la mujer designándole roles y rasgos que no le permiten decidir por sí misma.

Esta guía de lecturas se pregunta qué significa ser mujer y para ello selecciona libros de calidad donde la protagonista es una mujer. Estas historias muestran cómo se enfrentan a las situaciones, cómo se resuelven los conflictos o cómo se vive el día a día de una mujer, dejando al descubierto algunos comportamientos que no favorecen la igualdad.

Es importante entender que el concepto de género posee un marcado carácter social y que los arquetipos sociales de masculinidad y feminidad siempre responden a un contexto y a un periodo histórico determinado. Lo masculino y lo femenino se han representado, tradicionalmente, en campos opuestos basados en rasgos y roles sociales diferentes. Por lo tanto, no resulta extraño que a los hombres se les atribuyan rasgos como la agresividad, la dureza o el egoísmo; mientras que en las mujeres se consideran rasgos estereotípicos como la sensibilidad, la ternura o la comprensión. La construcción del género marca también las relaciones que se van a establecer entre hombres y mujeres, lo que lleva a que en algunas ocasiones se desarrollen ideologías que pueden facilitar la discriminación y el sexismo.

El problema es el sexismo, entendido como una actitud negativa hacia las mujeres. El sexismo es un prejuicio basado exclusivamente en el género, que designa las actitudes sobre los roles y las responsabilidades que se consideran adecuadas para hombres y mujeres, incluyendo las relaciones que deben mantener entre ellos. En la actualidad el sexismo se puede manifestar de dos formas diferentes, aunque las dos reflejan una posición de poder del hombre, legitiman la desigualdad de género y mantienen a la mujer en una posición de roles subordinados. El sexismo hostil considera que la mujer posee características negativas que la hacen inferior al hombre; mientras que el nuevo sexismo o sexismo benévolo considera que las mujeres se merecen protección y son necesarias como complemento del hombre.

En las sociedades occidentales la noción de igualdad entre sexos trata de superar los arquetipos tradicionales y eliminar el sexismo. Aunque se ha avanzado mucho, en nuestra sociedad sigue habiendo desigualdades de poder entre hombres y mujeres. Algunas de ellas se arrastran durante siglos, como muestran las diferencias salariales, la jornada laboral de unos y otros, la desigual distribución de tareas o la violencia de género.

Estamos convencidos de que la lectura posee un valor en sí misma pero, además, transmite valores a través de los personajes, sus actitudes y sus comportamientos. El autor vuelca en el texto sus propias creencias y experiencias, que guardan relación con el momento y el contexto que le ha tocado vivir. La importancia que otorgamos a la lectura también nos hace creer que puede ser un instrumento importante de transmisión de valores sociales. Leer es una fuente de placer y aprendizaje, y también un vehículo privilegiado para transmitir las actitudes y valores que construyen estilos de vida más igualitarios.

En esta guía hemos seleccionado fragmentos del contenido de libros de calidad con la intención de que sirvan para motivar actividades de reflexión sobre el significado de la igualdad. Esta vez no hemos querido hacer propuestas directas a los mediadores, solo pensamos que la lectura de estos libros y el análisis de su contenido pueden facilitar el gusto por la lectura y despertar en los lectores su conciencia sobre distintos aspectos relacionados con la igualdad de género.

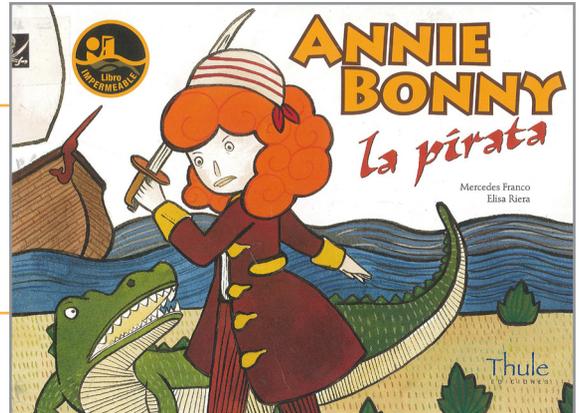


Annie Bonny la pirata

Mercedes Franco

Il. de Elisa Riera

Barcelona: Thule, 2005



Esta historia ocurrió de verdad. En Irlanda, en el siglo XVIII, una pequeña niña pelirroja oía contar historias de los piratas de las islas del Caribe. Era yo, Annie Bonny, y mi tío me regaló un pequeño caimán como mascota. Cuando crecí, conocí al pirata John Rackman con el que llegué a casarme. Vestida de hombre me embarqué a bordo de su barco y me convertí en un pirata más. Entonces, a las mujeres no nos dejaban embarcar, por eso tuve que disfrazarme. No sé por qué no dejaban que las mujeres fuésemos piratas, porque yo conseguí ser uno de los mejores. Manejaba la espada y el mosquete con gran habilidad y tenía una excelente puntería. Un día, en una de mis numerosas aventuras, conocí a Mary Read, otra mujer pirata que también iba disfrazada. Viajamos juntas y fuimos compañeras de fechorías, asaltando galeones y robando tesoros. Con el paso del tiempo todos reconocieron nuestras aventuras y fuimos reconocidas como verdaderas piratas. En el cine, en algunas películas, también han contado diversas versiones de nuestra historia, como en la serie de “Piratas del Caribe”. ¡Ah!, se me olvidaba contaros que también me apresaron, pero me libré de la horca.

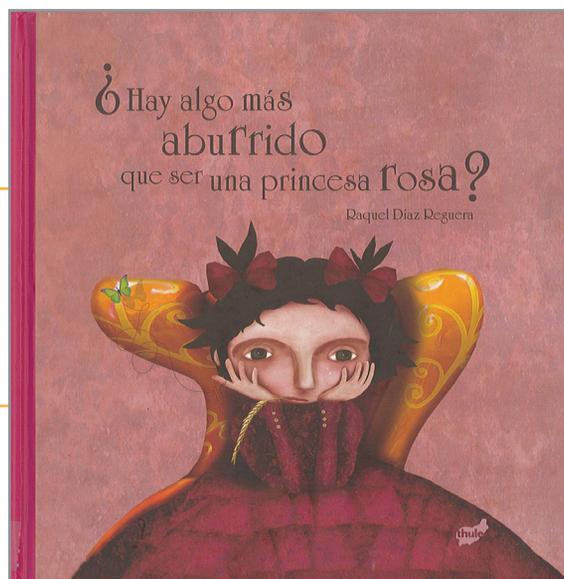
En su fría Irlanda, la pequeña pelirroja Annie Bonny oía contar sobre los piratas que azotaban las lejanas costas del Caribe. Su tío Sean estuvo a las órdenes del legendario pirata Long Ben Avery, y relataba sus hazañas. Annie se iba a los acantilados de la costa irlandesa y oía a las olas decir su nombre: ¡Aaannieeee! Escuchaba con mucha atención el canto del mar, y hasta las gaviotas repetían: ¡Aaannieeee!.



Annie Se convirtió en Joe, el mejor hombre de “calicó Jack”, y con él capturó muchos barcos. Manejaba la espada y el mosquete con gran habilidad y tenía una excelente puntería. Fue ella la que estableció la costumbre de esparcir arena en la cubierta cuando se acercaba un barco enemigo, para no resbalar durante el combate (echar arena en el suelo era usual en los bailes de la aldea de Annie).

¿Hay algo más aburrido que ser una princesa rosa?

Raquel Díaz Requena
Barcelona: Thule, 2010



Soy Carlota, la última princesa rosa. Desde que nací siempre había vestido de rosa, mi armario estaba lleno de ropa rosa, las sábanas y la almohada de mi cama eran rosas... Todo a mi alrededor era del mismo color y yo me preguntaba si había algo más aburrido que ser una princesa rosa. Todas las princesas que conocía eran cursis y se pasaban el día besando sapos para ver si alguno se convertía en príncipe azul. Pero yo era diferente. Quería surcar los mares, viajar, rescatar príncipes, ser astrónoma o cocinera... y desde luego no quería un príncipe azul.

Un día me armé de valor y le dije a mi madre cuales eran mis deseos e inquietudes, ella se alarmó pero me entendió. Acto seguido fuimos a pedir el consentimiento de mi padre, del hada madrina, de los consejeros reales y de todos los reyes, reinas, príncipes azules y princesas del mundo. Todos se sorprendieron ante mi propuesta y nadie sabía qué responder. Fue la más anciana y sabía hada madrina la que entendió que debíamos ser lo que quisiéramos ser. Desde entonces las princesas vestimos de todos los colores.

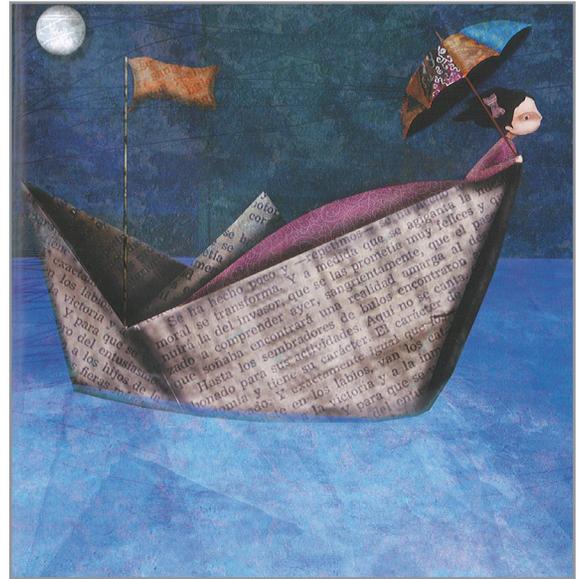
Pero Carlota no quería ser un príncipe azul.

¿Por qué no había princesas que surcaran los mares en busca de aventuras?

¿O princesas que rescataran a los príncipes de las garras de un lobo feroz?

¿O princesas astrónomas que pusieran nombres a todas las estrellas del universo?

¿O princesas cocineras que hicieran tartas de chocolate y galletas con mermelada?



-Mamá, yo no quiero ser una princesa rosa. Yo quiero viajar, jugar, correr y brincar y quiero vestir de rojo, verde o de violeta...

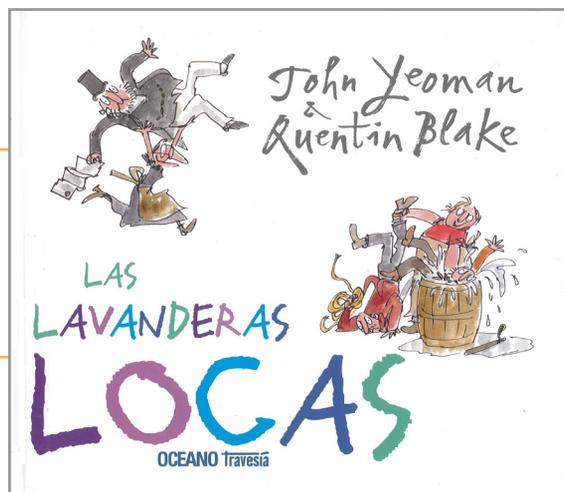
-Hija mía- le dijo la reina-, las princesas son muy delicadas y no pueden salir de palacio porque se pondrían enfermas, no pueden correr y brincar porque estropearían sus bonitos vestidos de seda. Y no pueden vestir de verde ni azul porque esos colores no les sientan bien.

Las lavanderas locas

John Yeoman

Il. de Quentin Blake

Barcelona: Océano Travesía, 2009



Somos siete amigas, que cada día cargábamos pesados cestos de ropa sucia para lavarla en el río. Nuestro trabajo consistía en coger la ropa sucia, sumergirla en el agua, enjabonarla, aclararla, exprimirla y, finalmente, extenderla sobre los arbustos para que se seque. No nos disgustaba ser lavanderas, pero a veces nos preguntamos si este trabajo lo podrían hacer también los hombres. Aunque nos consideraban las mejores lavanderas de la comarca, no éramos felices porque el dueño de la lavandería era un hombre malvado que nos obligaba a trabajar de sol a sol. Un día una de nosotras, Ernestina, ante el gran montón de ropa grasienta que el dueño de la lavandería nos hacía lavar cada día, nos animó a que nos negáramos a hacerlo y nos pusiéramos a bailar. El señor Aldo Avaro, nuestro jefe, pasó a reñirnos y nosotros le lanzamos el montón de ropa sucia encima. Después huimos. Atravesamos el mercado, tocamos las campanas de las iglesias y nos divertimos mucho. Empezamos a hacer fechorías y la gente de los poblados nos temía. Cuando nos veían gritaban: ¡Cuidado! ¡Las lavanderas locas vienen hacia aquí!

Había una vez siete lavanderas. Cada día bajaban al río con cestos llenos de ropa sucia. Sus nombres eran: Ana, Susana, Pili, Mili, Dora, Lora, y Ernestina, y todas eran muy buenas amigas. Cuando llegaban al río separaban las prendas y las sumergían en el agua. Las tallaban. Las enjabonaban. Las golpeaban contra las piedras. Las aclaraban. Las exprimían. Y finalmente las extendían sobre los arbustos para secarlas. Eran las mejores lavanderas de la comarca, pero no eran felices. El dueño de la lavandería, el Señor Aldo Avaro, era un hombrecito malvado que las obligaba a trabajar de sol a sol.

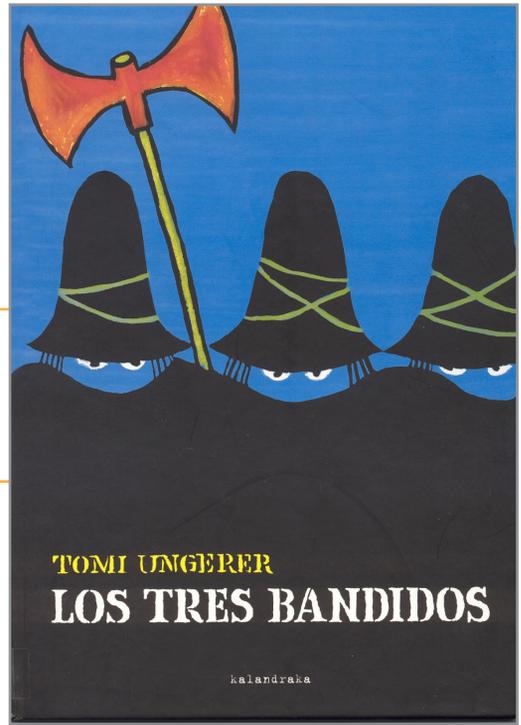


Las lavanderas no volvieron a trabajar con el Señor Aldo Avaro. Se casaron con los leñadores. Ellos les construyeron hermosas cabañas de madera para vivir. La gente que pasaba por el bosque los encontraba lavando y cortando leña juntos, más felices que nunca.

Los tres bandidos

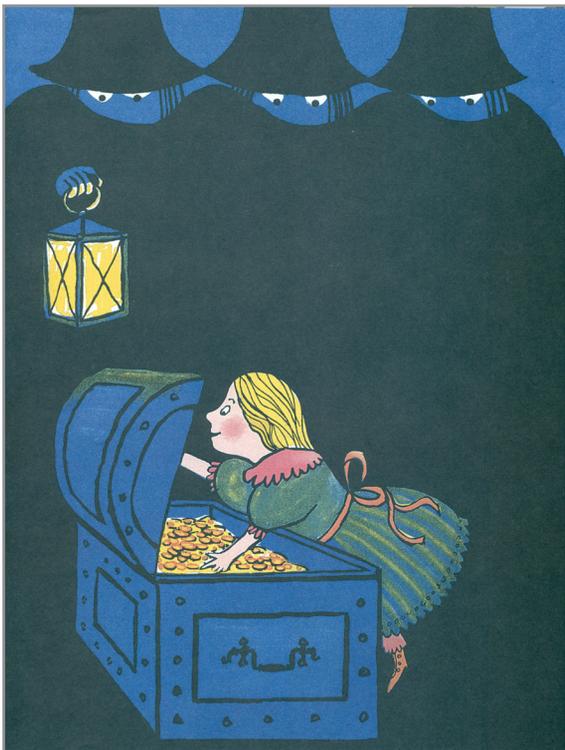
Tomí Ungerer

Sevilla : Kalandraka, 2010



Me llamo Úrsula y mi familia son tres feroces bandidos. Bueno, ahora ya no son tan feroces, aunque antes se dedicaban a amenazar y desvalijar a todas las personas que veían. Con sus grandes capas y sus altos sombreros negros se emboscaban en los caminos y con su trabuco, su fuelle de pimienta y su enorme hacha roja asaltaban los carruajes y robaban a los viajeros. Tenían un gran tesoro escondido en una cueva, con cofres llenos de oro y piedras preciosas. Un día asaltaron una diligencia y yo me encontraba allí, viajaba a casa de mi tía, pero eso no me gustaba nada. Los bandidos me cogieron y me llevaron a su cueva. Allí me cuidaron y me trataron muy bien. Un día descubrí su tesoro y les pregunté para qué lo querían. No lo habían pensado y, a partir de aquel momento, decidieron que con todo ese dinero ayudarían a otros niños que como yo se encontraban solos. Ahora todos formamos una gran comunidad y vivimos muy felices en un castillo. Llevamos capas y grandes sombreros... ¡rojos!

Había una vez tres feroces bandidos con grandes capas negras y altos y negros sombreros. El primero tenía un trabuco. El segundo tenía un fuelle con pimienta dentro. El tercero tenía una enorme hacha roja. Por la noche, cuando estaba más oscuro, se emboscaban cerca de los caminos. Eran unos tipos terribles. Cuando aparecían, las mujeres se desmayaban de miedo, los perros encogían la cola y hasta los hombres más valientes echaban a correr.



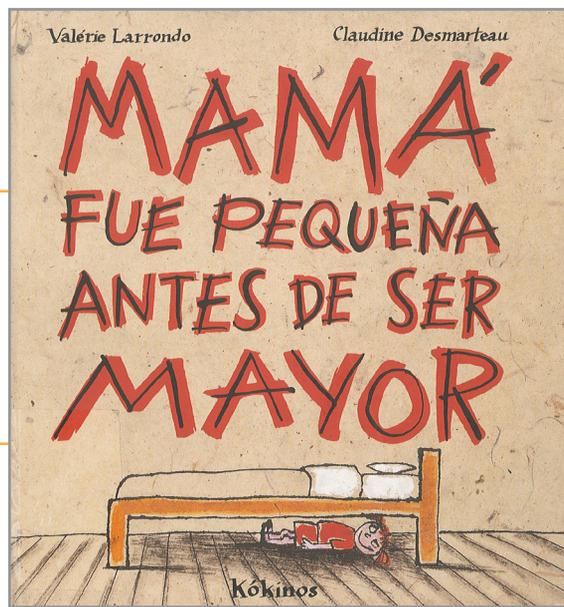
Una noche muy oscura asaltaron un carruaje en el que solo había un pasajero. Era una niña pequeña que se llamaba Úrsula y estaba triste porque era huérfana y viajaba a casa de una anciana tía con la que iba a vivir para siempre. Y eso no le gustaba nada a Úrsula. Por eso se alegró cuando se encontró de pronto con los bandidos.

Como los bandidos no encontraron nada, aparte de Úrsula, envolvieron a la niña en una manta para abrirla y se la llevaron a su cueva. Allí le prepararon una cama mullida para que pudiera dormir.

Cuando Úrsula se despertó por la mañana vio las cajas y los cofres llenos de tesoros. ¿Para qué quieren todo esto? –preguntó a los bandidos.

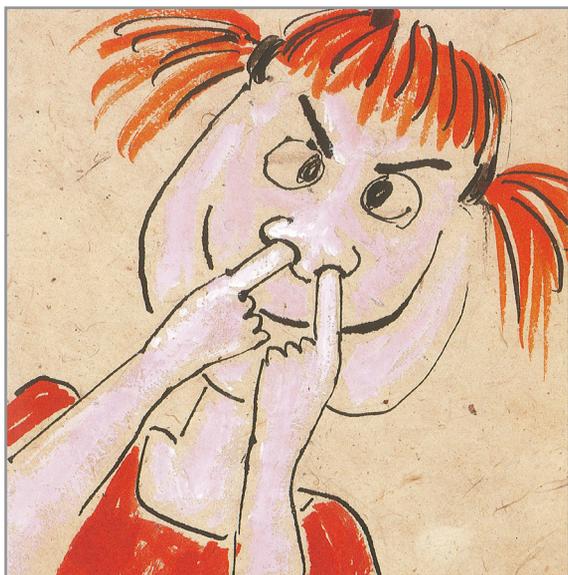
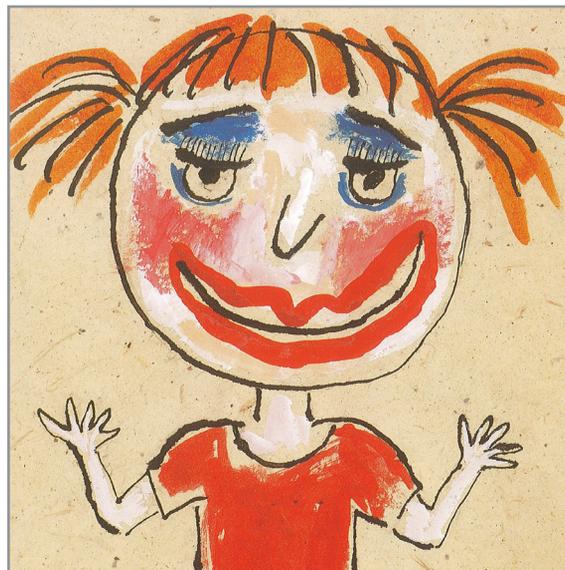
Mamá fue pequeña antes de ser mayor

Valérie Larrondo
Il. de Claudine Desmarteau
Madrid: Kókinos, 2004



Mi mamá se llama Sara. Siempre hay que creer lo que cuenta mamá, aunque seguro que mamá hacía cosas parecidas a las que hago yo. Casi siempre se comía la comida que le ponían mis abuelos en el plato, pero cuando no le gustaba también la escondía. Era bastante educada, pero a veces se metía el dedo en la nariz e, incluso, decía algunas palabrotas como caca, culo, pedo, pis,... Se cepillaba los dientes y daba las buenas noches antes de irse la cama, pero a veces no tenía sueño y pedía agua y que le contaran otro cuento, porque no se podía dormir. Solía tener su cuarto limpio, pero una vez se le ocurrió pintar dibujos con un rotulador en la pared. Era muy cariñosa con sus padres pero, en ocasiones, les chantajeaba para que le compraran una nueva muñeca. Mamá quería mucho a su hermanito pequeño, que es mi tío, pero también le gustaba contarle cuentos de miedo, aunque él se asustaba un poco. A veces, le quitaba algunos juguetes. Mi mamá era obediente, pero en ocasiones le gustaba jugar al escondite cuando sus padres la llamaban. Siempre hay que creer lo que cuenta mamá, pero ella también fue niña como yo.

¡Mira qué foto! Esta niñita soy yo, tu mamá. ¿Sabes? Cuando tenía tu edad, tu mamá se comía siempre toda la comida. Y no se metía nunca el dedo en la nariz, no, no. Y, por supuesto, tu mamá jamás le tiraba de la cola al perro.



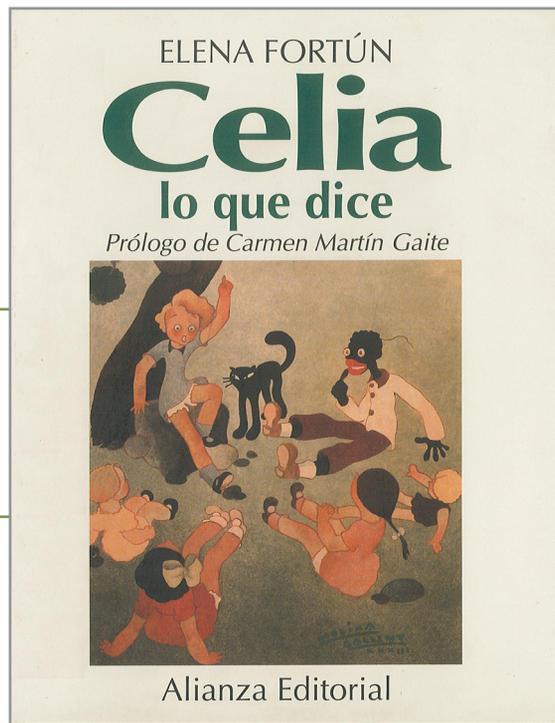
Mamá siempre estaba dispuesta a leerle un cuento a su hermanito para que se durmiese. Mamá no tuvo celos de su hermanito, y siempre lo trataba con cariño. Mamá trataba los juguetes de los demás igual que los suyos. No. Mamá no fue un monstruito. Siempre hay que creer lo que cuenta mamá.

Celia, lo que dice

Elena Fortún

Il. de Molina Gallent.

Madrid: Alianza, 2004



Soy Celia y acabo de cumplir siete años, “la edad de la razón” como dicen las personas mayores, aunque no comprendo porqué según ellos nunca la tengo. Diariamente me esfuerzo en entender a mi madre, a mi padre, a Juana y hasta a Miss Nelly pero de verdad que no les entiendo. Todo lo que yo digo son tonterías, todo lo que hago son travesuras, todo lo que se me ocurre son ocurrencias del demonio. Si hablo soy insoportable, si cayo soy maleducada y si pregunto soy indiscreta. No entiendo a los mayores. Ellos también hacen cosas raras pero parecen no importarles a nadie: papá se pasa el día encerrado en su despacho, mamá leyendo o cosiendo, Juana en la cocina protestando por todo y Miss Nelly simplemente se ha propuesto hacerme la vida imposible, no entiende nada de lo que le digo, no sé si por ser inglesa o por ser mayor que yo.

Pero últimamente lo que más me duele es que todos me acusen de embustera cuando yo siempre digo la verdad. ¿Por qué no me creen cuando les digo que los reyes me han dicho que reparta mis regalos, que la Virgen me ha dado el frasco cuentagotas o que Islandia es una isla muy grande desde la que se puede bajar al centro de la tierra? Y yo tengo que creerme que todos los niños venimos de París, menos mi hermano que es un ángel ¡con lo feo que es!

-¿Quieres que te pregunte yo ahora?

-¿Muy bien! Mira, eso me gusta más.

-¿Vuelas tú?

-Sí, hija. (...)

-¿Y te puedes caer?

-Sí, me puedo caer y matarme.

-¿No tienes miedo?

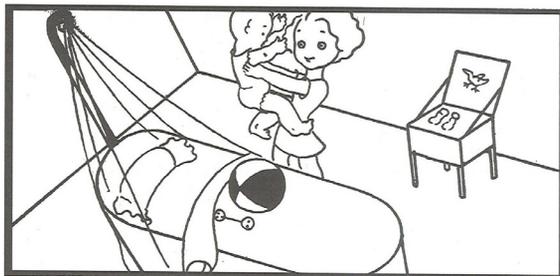
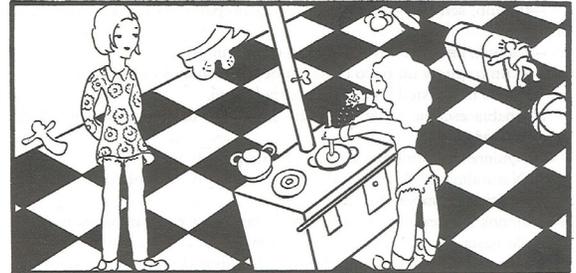
-No, los hombres tienen que ser valientes.

-Yo también soy valiente

-¿Quieres volar tú también?

-Sí, quiero volar como tú, y pasar por encima de las casas y decir adiós con el pañuelo...

-¿Quieres ser aviadora cuando seas mayor? (p. 103-104).



-Que venga mamá.

-Eso no puede ser. Mamá tiene un dolor de cabeza muy fuerte y no se levantará en todo el día...El niño está con ella... Vaya ¿quieres que te vista?

-¿Si tú no sabes!

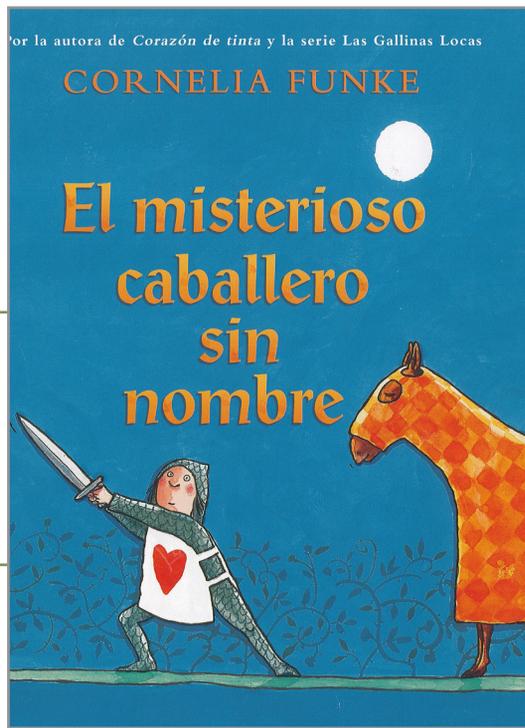
-Tú me ayudarás... Miss Nelly está en el baño, y si viene no consentirá que te levantes tan temprano...

-¡Ah, bueno! Vamos, anda, papaíto.

Entre los dos, muy de prisa, para acabar antes de que viniera la miss, volvimos los calcetines, buscamos las zapatillas, y papá me los iba poniendo... ¡Qué mal! El vestido me lo puso al revés. (p. 136-137).

El misterioso caballero sin nombre

Cornelia Funke
 Il. de Kerstin Meyer
 Barcelona: Ediciones B, 2008



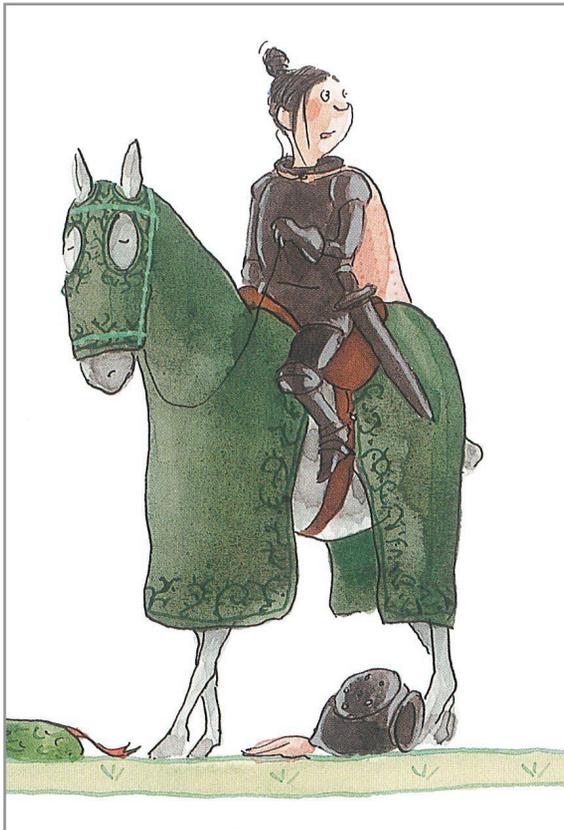
Cuando nací mi madre murió, así que nadie pudo explicarle a mi padre el rey Florindo el Florido como educar a una niña. De modo que decidió educarme exactamente igual que había hecho con mis tres hermanos varones. Se esmeró en enseñarme el arte de montar a caballo, la lucha con lanza y espada y los buenos modales en la mesa. Es cierto que yo no era tan fuerte como ellos, pero desde luego era más lista y más ágil, así que con el tiempo conseguí cabalgar más veloz que ellos y manejar con mayor precisión la espada.

Cuando cumplí los dieciséis años mi padre tuvo la desafortunada idea de convocar un torneo para buscarme marido. Tanto me indignó la idea que decidí dar un escarmiento a mi padre y a todos los caballeros que tuvieran pensado conseguirme como trofeo. Ese día enfundé mi armadura negra, ensillé mi caballo favorito y como “el misterioso caballero sin nombre” gané el derecho a decidir mi propio futuro.

–¡Ay, Emma! –se lamentó Violeta una noche mientras su sirvienta le ponía paños de agua fría en los moratones–. Nunca llegaré a ser tan fuerte como mis hermanos.

–Tan fuerte no, pero eres tres veces más lista –respondió Emma–. ¿Por qué no le pides a tu padre que te enseñe otras cosas en lugar del dichoso arte de la espada? Aprende a bordar, a tejer, a tocar la flauta o hacer cualquier otra cosa útil.

Pero Violeta negó con la cabeza. (p. 13).



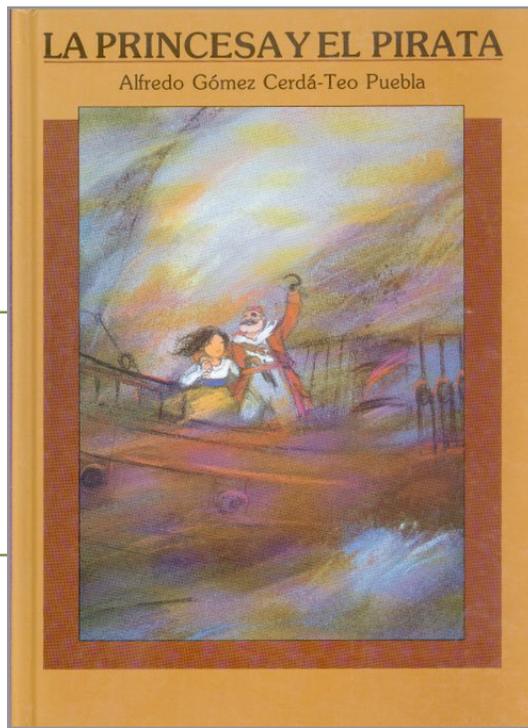
Desde aquel día en adelante, Violeta se escapaba noche tras noche de palacio para practicar todo aquellos que sus hermanos tan bien sabían hacer.

Y aprendió a su manera. Sin gritos y sin espuelas. Muy silenciosa, Silenciosa como la noche.

Sus hermanos se hicieron grandes y fuertes como los caballeros de su padre, pero cada día que pasaba Violeta era más ágil y veloz. (p. 14-16).

La princesa y el pirata

Alfredo Gómez Cerdá
Il. de Teo Puebla
México: Fondo de Cultura
Económica, 1995.



Como toda joven princesa esperaba en mi castillo a que llegase una persona interesante que cambiara la monotonía de vida en la corte. Día tras día fueron pasando por debajo de mi ventana hombres de lo más previsibles, pero sobre todo de poca palabra. El primero de ellos fue un príncipe que iba en busca de Blancanieves con el objetivo de salvarla de su envenenamiento y casarse con ella. Otro pretendiente fue un joven príncipe que con zapato en mano iba en busca de su dueña. El tercero tenía como misión despertar a una joven que llevaba cien años dormida. Y el último, el Príncipe Valiente, que no lo sería tanto cuando estaba dispuesto abandonar las armas por mis encantos. Todos ellos mostraron un repentino interés por mí, olvidando a la primera de cambio los motivos por los que habían emprendido sus viajes, lo que provocó mi desconfianza y mi desinterés.

Un buen día apareció alguien distinto, con carácter, dispuesto a decidir por sí mismo y no dejarse persuadir por caras bonitas ni dulces palabras. En ese momento lo tuve claro, ese caballero realmente había llamado mi atención.

-En realidad... –prosiguió el joven príncipe– hoy no pensaba cobrarme ninguna pieza. Mi destino era bien distinto. (...) Debo perderme en la espesura del bosque. Allí encontraré a una bella joven que lleva cien años dormida. Un beso mío la despertará. Luego, nos casaremos y, además de reyes, seremos felices.

–¿Y qué esperáis para buscar a esa joven?

–Si me abrís la puerta de vuestra torre –continuó el joven con pasión– me olvidaré de la Bella Durmiente.

–¿Consentiréis que duerma eternamente?

–Consentiré.

–No puedo creerlo. (p. 21).



-¿Quién eres? –preguntó la princesa Filomena.

–Un pirata –respondió el capitán pirata. (...)

–¿Has viajado mucho? –siguió preguntando la princesa Filomena llena de curiosidad.

–No he hecho otra cosa en mi vida.

–¿Has visto muchos países?

–Muchísimos. Tantos, que ahora no puedo acordarme de ninguno.

–Atraca entonces tu barco en la orilla y ven a mi torre de marfil y plata–. Te abriré la puerta, te dejaré entrar.

El capitán pirata miró un momento en silencio a la princesa Filomena y luego, sin poder evitarlo, soltó una larga y ruidosa carcajada.

–¡Oh, no! –dijo entre risas–. Los piratas nos aburrirnos en las torres de marfil y plata.

–Entonces... ¡me iré contigo! (p. 26-28).

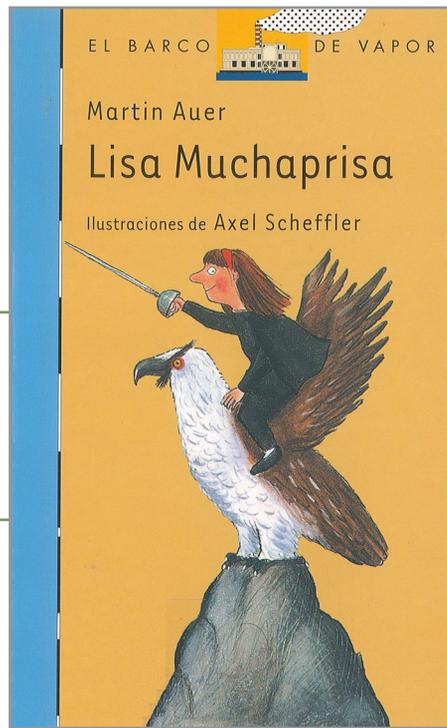


Lisa Muchaprisa

Martin Auer

Il. de Axel Scheffler

Madrid: SM, 2005



Soy Lisa Muchaprisa y tengo un problema: no consigo que los mayores me escuchen. Eso me saca de quicio, me pongo colorada, aprieto los labios y al final termino gritando. Sé que así tampoco consigo que me escuchen pero por lo menos de esta forma no me obligan a hacer lo que no me gusta.

¿Sabéis una cosa? El otro día fui princesa por un día. Un pajarraco me llevó a un reino donde los reyes no tenían hijos y me adoptaron como si fuese su princesita. La reina se presentó con un vestido rosa y unos zapatitos plateados, pero yo le dije que quería ser la Princesa Negra, así que me consiguió un traje de cuero y una capa. Con mi nuevo atuendo me fui a atrapar piratas y delincuentes, pero por lo visto a mis nuevos padres no les gustaban mis quehaceres, así que contrataron a un dragón para que me secuestrara. Por supuesto el dragón no pudo conmigo y secuestró a un pobre príncipe despistado. Menos mal que fui a salvarle y nos hicimos amigos. Al final resultó ser Augusto Té, de 3º B, así que los dos nos montamos en mi pajarraco y volvimos a casa para cenar.

Lisa Muchaprisa se convirtió así en la princesita del rey y de la reina. La reina le regaló un vestido rosa con puntillas blancas y unos zapatitos plateados.

–No, lo que yo quiero son unos pantalones negros de cuero, botas negras y un cinturón plateado –dijo Lisa Muchaprisa–. ¡Ah! Y una capa negra como la del Zorro.

–Pero todo eso no es apropiado para una princesita –le quiso explicar la reina. (p. 25).



Lisa no conseguirá que ningún príncipe se case con ella si no aprende a comportarse como una princesa. ¿Qué príncipe va a enamorarse de una princesa que va cabalgando por ahí encima de un pajarraco y atrapando ladrones? –decía la reina. (p. 33).

–**A**hora iré a liberar al príncipe –les dijo Lisa al rey y a la reina.

–Esto ya ha ido demasiado lejos, esto sí que ya no nos lo puedes hacer –dijo la reina.

–Claro que no –añadió el rey. Son los príncipes los que liberan a las princesas, y no al revés. (p. 38).

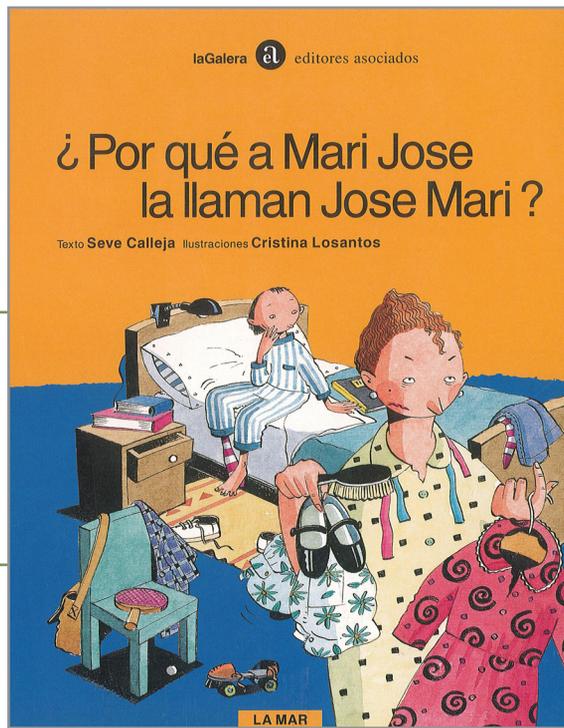


¿Por qué a Mari Jose la llaman Jose Mari?

Seve Calleja

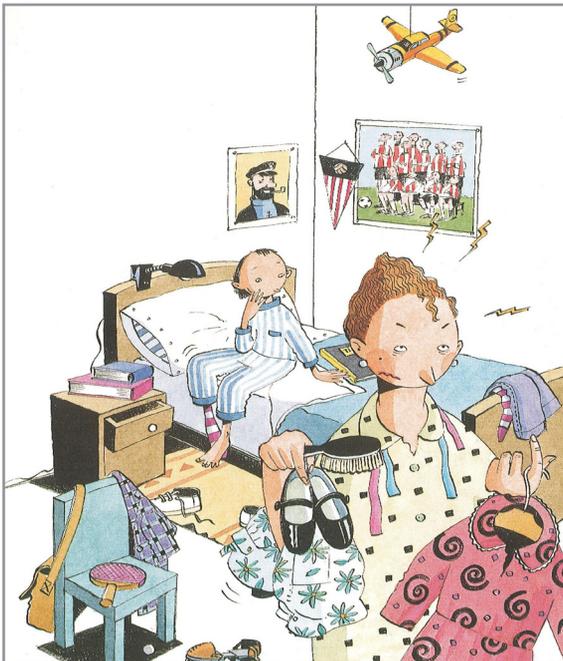
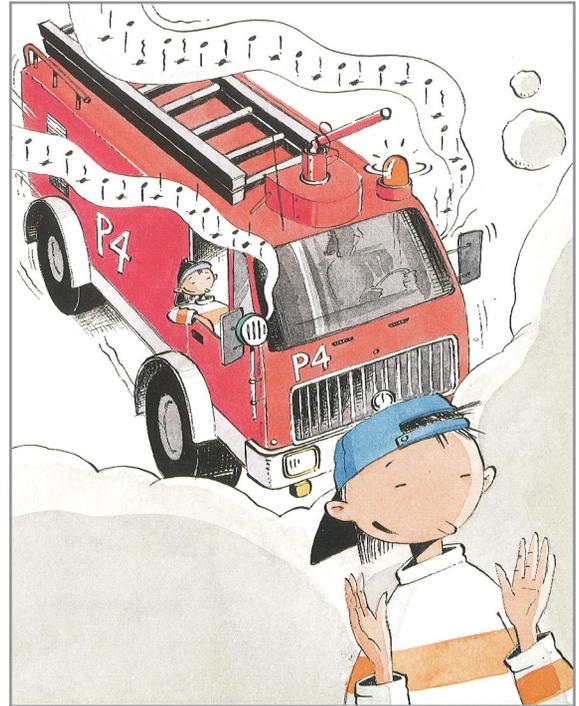
Il. Cristina Losantos

Barcelona: La Galera, 1999



Me llamo Mari Jose, tengo ocho años, tres hermanos mayores, una bici y vivo en una casa que está alejada del pueblo. Me gusta jugar al fútbol con ellos y también al soka-tira y al boxeo. En casa, corto la hierba, cojo manzanas y le doy de comer a las vacas. Mi madre intenta que me ponga lazos y zapatos de charol para ir a la escuela, pero a mí me gusta llevar chándal y usar zapatillas. Con los vestidos no puedo jugar con mis hermanos. Mi madre a veces me dice que vestida así parezco un “marichico”, pero a mí no me importa. En clase tengo las mejores calificaciones de gimnasia, aunque algunas niñas se meten con mi forma de vestir y con las magulladuras de mis piernas. Todas mis compañeras de clase quieren ser médicas, enfermeras o maestras, sin embargo yo seré bombera y por eso trepo tan deprisa y no me da miedo la altura. Cuando las señoras salen del supermercado cargadas de bolsas a mí me gusta ayudarles, porque soy muy fuerte y me gusta ser educada. Esta es mi vida y, desde luego, me gusta.

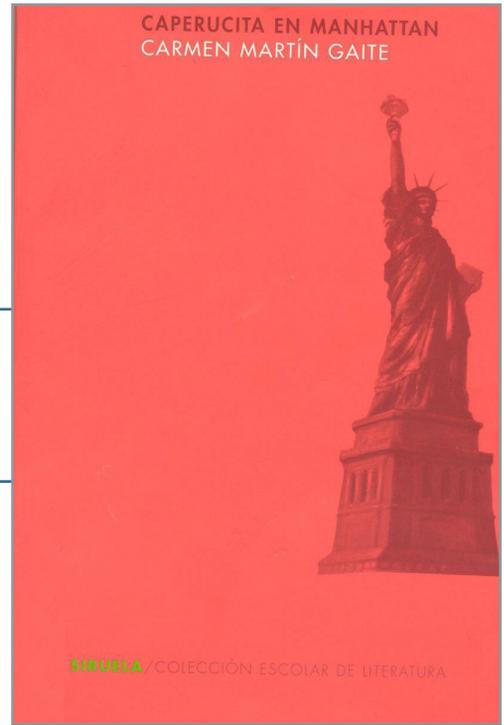
Su madre le compra lazos para el pelo, pero como siempre lo lleva tan corto, nunca los usa. Y le compra zapatos de charol para ir a la escuela, pero ella prefiere llevar zapatillas y usar chándal en vez de vestidos, igual que sus hermanos mayores. –Así pareces una marichico– le dice su madre todos los días. –¡Bah!– suele responder ella, haciéndole ver que eso no le importa. Y así siempre.



–**Y**o seré un cirujano– comenta un chico atándose la bata al revés. –Y yo, una enfermera– añade una chica colocándose un gorrito de papel.–Pues yo, seré profesora como nuestra maestra– dice otra chica poniéndose sobre la nariz unas gafas de mentira, y sosteniendo entre las manos un cuaderno y un bolígrafo de verdad como pareciendo una maestra auténtica. –¿Y tú, Mari Jose? ¿Qué quieres ser?– le pregunta la señorita verdadera. –Yo, bombera– y dando brinco sobre las mesas trepa hasta la repisa de la ventana para demostrar a todos que no teme la altura. –¡El bombero Jose Mari!– exclama alguien, y todos se ríen a carcajadas.

Caperucita en Manhattan

Carmen Martín Gaité
Madrid: Siruela, 2007

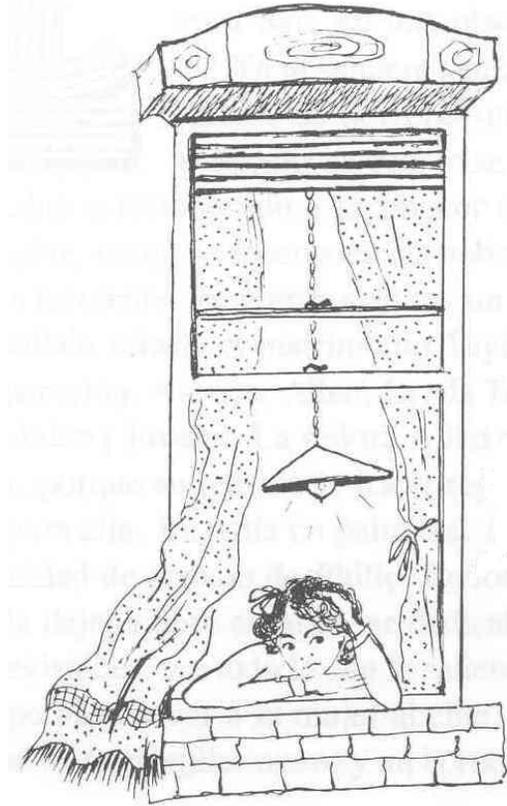


Soy Sara Allen y este libro describe con detalle el día en que mi vida cambió para siempre. Desde bien pequeña me preguntaba cómo sería de mayor: una mujer tradicional como mi madre con un marido y unos hijos o, quizá, una mujer moderna e independiente como mi abuela, que desarrolló una bonita carrera profesional. ¡Qué diferentes eran las dos mujeres que marcaron mi infancia!

Todavía recuerdo el día en que cumplí diez años. Fue un día extraño en el que una serie de casualidades y encuentros fortuitos me hicieron ver la vida, y a las personas que me rodeaban, de forma muy diferente. Desde hacia tiempo soñaba con escaparme a visitar sola a mi abuela que vivía al otro extremo de la ciudad. Por fin, ese día lo conseguí. Viajé en el metro y me bajé en Columbus Circle con la intención de cruzar Central Park. Por un momento tuve miedo al verme sola, y rodeada de tanta gente. Entonces la vi a ella. Miss Lunatic, una mujer extravagante y misteriosa que tenía las palabras adecuadas para todas mis dudas. Sin casi darme cuenta, en una breve pero intensa conversación, puso en mis manos las claves para decidir cuál sería el rumbo de mi vida.

“Yo no pienso hacerles nunca tartas de fresa a mis hijos”, pensaba Sara para sus adentros. Porque había llegado a aborrecer aquel sabor de todos los domingos, cumpleaños y fiestas de guardar.

Pero no se atrevía a decírselo a su madre, como tampoco se atrevía a confesarle que no le hacía ninguna ilusión tener hijos para adornarlos con sonajeros, chupetes, baberos y lacitos, que lo que ella quería de mayor era ser actriz y pasarse todo el día tomando ostras con champán y comprándose abrigos con el cuello de armiño, como uno que llevaba de joven su abuela Rebeca en una foto del álbum familiar, y que a Sara le parecía la única fascinante. (p. 39).



–**H**a salido lista de verdad –decía la abuela Rebeca–. Yo no conozco a ninguna niña que haya hablado tan clarito como ella, antes de romper a andar. Debe ser un caso único.

–Sí, es lista –contestaba la señora Allen–, pero hace unas preguntas muy raras; vamos, que no son normales en una niña de tres años.

–¿Por ejemplo, qué?

–Que qué es morirse, ya ve usted. Y que qué es la libertad, Y que qué es casarse. Una vecina mía dice que a lo mejor habría que llevarla a un psiquiatra. (p. 43).

Cuando Hitler robó el conejo rosa

Judith Kerr

Madrid: Alfaguara, 2007



Mi padre es un escritor de conocido prestigio. Es muy bonito tener un padre famoso, a veces nos regalan entradas para el teatro y hasta una vez me entrevistaron para un periódico.

Todo era fantástico hasta el día de las elecciones. Todo el mundo pensaba que Hitler iba a ganar. Mi padre, mi madre y mis abuelos son judíos. Por si eso no era bastante problema, mi padre, que siempre escribía lo que pensaba, no estaba de acuerdo con Hitler.

Unos días antes de las elecciones, un policía llamó a papá para avisarle de que podían quitarle el pasaporte. Papá se fue a Suiza, si los nazis pierden papá volverá con nosotros, si ganan tendremos que reunirnos con él. Pero, un día antes de las votaciones mamá pensó que era mejor que nos fuéramos todos. Salimos los tres, mamá, mi hermano Max y yo desde Berlín a Zurich. Allí nos estaba esperando papá.

Hitler ganó y no pudimos volver. En Suiza papá tenía problemas para publicar, de nuevo nos tuvimos que marchar, esta vez a Francia. En París tampoco fue sencillo, papá escribía en el Diario Parisino pero debido a la Depresión no le pagaban. Al final, nos fuimos a Londres.

...**H**err Graupe asignó un sitio a Anna al lado de una niña rubia muy alegre que se llamaba Roesli, y mientras Anna se dirigía hacia su pupitre por el pasillo central del aula se oyó un cuchicheo de asombro general.

–¿Qué pasa? –susurró Anna tan pronto como herr Graupe volvió la espalda.

–Que has venido por el pasillo central –contestó Roesli, también en voz baja–. Sólo los chicos entran por el pasillo central.

–¿Y por dónde entran las niñas?

–Por los lados.

Parecía un reparto extraño, pero herr Graupe había empezado a poner sumas en la pizarra y no había tiempo para pensar en ello. (p. 69).



...**A**hora le quedó todo a mamá. Nunca le habían gustado las tareas de la casa; además estaba tristonza, como se suele estar después de la gripe, y el peso de toda la limpieza, la cocina, la colada, la plancha y la costura le resultaba agobiante. Anna y Max se encargaban de algunas cosas, como hacer la compra y vaciar el cubo de la basura, pero lógicamente casi todo el trabajo recaía sobre mamá, y ella no paraba de lamentarse.

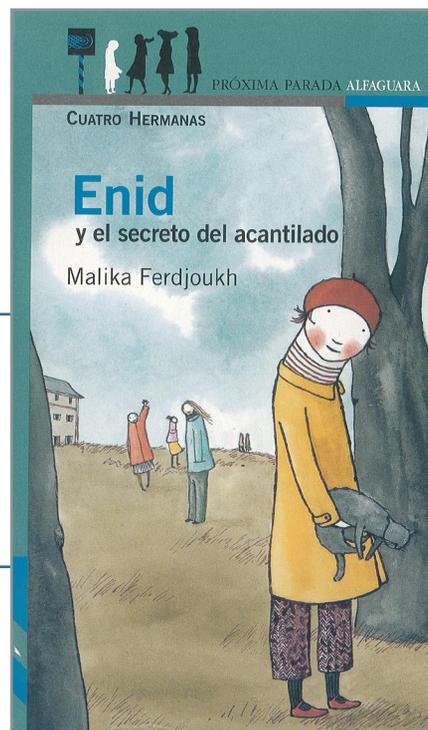
–Guisar no me importa –decía–, pero es el estar siempre lavando, planchando y remendado: ¡se tarda tanto y no se acaba nunca!

Papá no era ninguna ayuda. No tenía ni idea de lo que había que hacer en casa, y, cuando mamá se quejó de lo que le cansaba planchar las sábanas, pareció quedarse verdaderamente atónito. (p. 219-220).



Enid y el secreto del acantilado

Malika Ferdjough
 Il. de Elena Odriozola
 Madrid: Alfaguara, 2004



Mi nombre es Enid, tengo nueve años y soy la menor de cinco hermanas. Hace 19 meses y 22 días que murieron nuestros padres en un accidente de circulación y que vivimos solas en un viejo y grande caserón, cerca de un acantilado. La mayor de todas es Charlie, tiene 23 años, y es la que toma las decisiones en casa.

Una noche hubo una gran tormenta que derribó el viejo sicomoro sobre el pozo. Desde entonces, algunas noches se oyen ruidos que nos asustan. Son fantasmas. Pero como Charlie no cree en los fantasmas le ha pedido a Basilio, su novio, que se quede con nosotras en casa para descubrir de qué se trata.

Esa misma noche desapareció Swift, el murciélago que vivía en el viejo árbol muerto. Por supuesto, yo no estaba dispuesta a quedarme sin saber qué había sido de Swift. Le he pedido a mi amigo Gulliver que me ayude a bajar al pozo a buscarle. Los dos juntos hemos conseguido encontrarle y descubrir el misterio de los ruidos. Todo tiene que ver con los primeros propietarios de nuestra casa, los barones de Esquille, exactamente con el arpa de la baronesa, Guillermina Auberjonois.

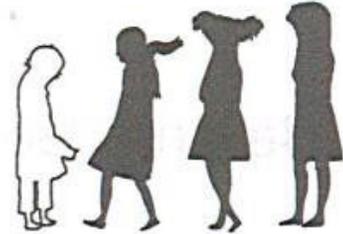
Enid sintió un escalofrío. En la vieja torre, cuando el viento soplaba como hoy, uno se congelaba sin saber siquiera por dónde demonios se colaba el frío.

–¿Ya estás aquí? –respondió (por fin) una voz en las alturas–. ¿Qué hora es?

En lo alto de la escalera de caracol apareció una chica vestida con unos vaqueros y una camisa remangada: Charlie, 23 años, en la mano un martillo y en la boca un puñado de clavos.

–¿Qué estás haciendo?

–Estoy arreglando la puerta de la habitación de invitados. La última vez que hubo un vendaval así, no dejé de dar golpes contra la pared y no pegamos ojo en toda la noche, ¿te acuerdas? (p. 13).



-¿Quieres probar la mermelada de castañas de Charlie, Basilio? –susurró Hortensia, con la intención de meter el dedo en la llaga.

–Di que no –le aconsejó Bettina–, o se desvanecerán tus sueños con respecto a Charlie.

–¿Mis sueños...? Bien sabe ella que los protagoniza desde siempre –suspiro Basilio.

Bettina dejó escapar en ese instante un alegre «uuuuuhhhh» entre risitas ahogadas. Colomba levantó la cabeza de su taza y observó lo que podía ver de Basilio desde su sitio: tres cuartos de su perfil izquierdo y un poquito de oreja.

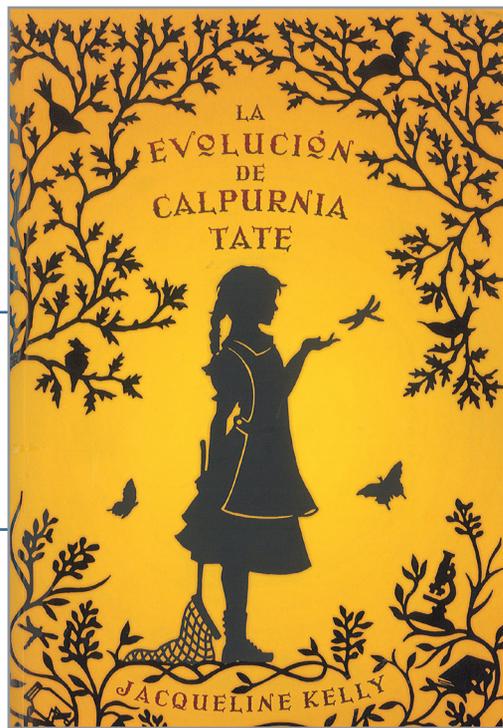
–Una frase muy sencilla –dijo Charlie, con un tono que demostraba que estaba emocionada–, pero bonita.

Colomba la vio inclinarse sobre los tres cuartos de perfil para depositar en ellos un beso.

–Gracias– susurró Charlie al trocito de oreja, que se puso como un tomate. (p. 65).

La evolución de Calpurnia Tate

Jaqueline Kelly
Barcelona: Roca, 2010



En 1899 las cosas eran muy distintas a como son ahora. Soy Calpurnia Virginia Tate, aunque todos me llaman Callie Vee y soy la única chica de siete hermanos ¿os podéis imaginar algo peor? Tengo 11 años, aunque en pocos meses cumpliré 12, y ya planea sobre mi cabeza la sombra de la dichosa presentación en sociedad. Hay muchas cosas que no entiendo de las costumbres de esta sociedad tejana y una de ellas es lo de tener que organizar fiestas lujosas para buscar marido a las jóvenes debutantes, espero que, como aún quedan algunos años, la entrada del nuevo siglo acabe con tan lamentable ritual. Tampoco entiendo porque tengo que dedicar horas y horas a aprender a coser y a cocinar, si ninguna de las dos cosas me gusta y ni siquiera se me dan bien.

Yo realmente quiero ser científica, quiero ir a la universidad, aunque se que mamá no tiene esos planes para mi. Solo el abuelo me entiende, él me enseña cosas que no nos explican en la escuela y menos a una señorita. Él me ha confirmado que existen mujeres científicas, y junto a él estoy aprendiendo a observar y analizar la naturaleza. No sé si conseguiré que mamá me entienda alguna vez, pero también pensaba que jamás vería nevar y hoy la nieve enfría mis pies. Cualquier cosa es posible.

A mi madre la había salido una chica de siete intentos. Supongo que yo no era exactamente lo que ella tenía en la cabeza, es decir, una hija primorosa que le ayudara a lidiar con la creciente marea de energía muchachil y atolondrada que siempre amenazaba con devorar la casa. No se me había ocurrido que ella esperaba una aliada y nunca la tuvo. A mi no me gustaba hablar de recetas y estampados y servir té en el salón. ¿Y por eso era egoísta? ¿por eso era una rara? Y lo pero de todo: ¿por eso era una decepción?... Eso era otra cosa, y mucho más dura. (p. 153).

-Es curioso que las chicas tengan que estar guapas –comenté–. En la naturaleza, los que tienen que estar guapos son los chicos. Fíjese en el cardenal. O en el pavo real. ¿Por qué es tan distinto entre nosotros? (...)

–Es muchísimo trabajo –dije–: toda esa ropa y esos sombreros, y los peinados... Cuando mamá me peinó para el recital de piano, uf, tardó siglos. ¡Y los corsés! La señora Persons se pasa el verano desmayándose por culpa del corsé. No sé como lo aguantan. (p. 232).

No sabía si explicárselo. ¿Acaso ella, la princesa en ciernes de la aguja y el ganchillo, entendería por lo que yo estaba pasando? Éramos amigas desde hacía años, pero últimamente era como si no hablásemos el mismo idioma. Sin, embargo, la idea de no poder contarle a mi mejor amiga que tenía la pata atrapada en el cebo era demasiado triste. Así que me armé de valor y dije, balbuciendo:

–No... No me gusta eso de coser y bordar, no como a ti, no me sale bien. Quiero hacer otra cosa con mi vida.

–¿Como qué?

–No lo sé seguro.

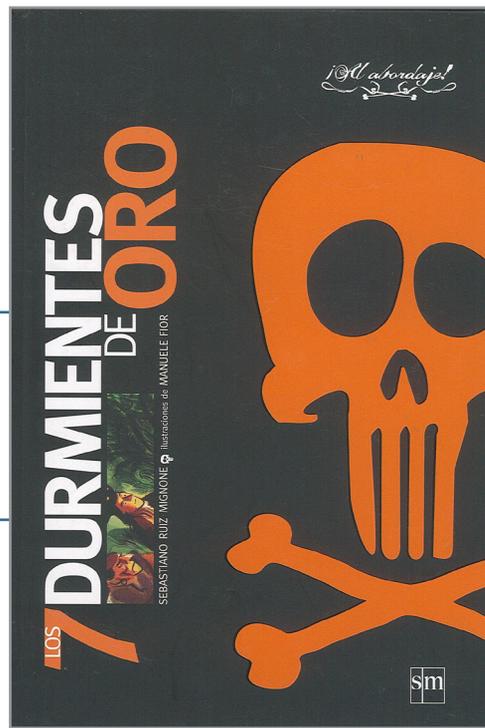
–¿Te refieres a ser maestra? ¿Cómo la señora Harbottle? Pero entonces no tendrás tu propia familia. ¿No quieres una familia propia?

–No lo sé seguro –repetí.

(...)–Creo –empecé, y me detuve–. Creo que a lo mejor quiero ir a la universidad. (p. 191-192).

Los 7 durmientes de oro

Sebastiano Ruiz Mignone
Il. de Manuele Fior
Madrid: SM, 2008



¿Sabes quién es la más poderosa y cruel de todos los piratas del mar de China? Efectivamente, soy yo, Cheng Shih. Tengo a mis órdenes doscientos juncos con cuatrocientos piratas y casi mil pequeñas barcas. Capiteo una gran embarcación con 20 cañones que navega al ritmo de tambores y gong. ¡Somos los más terribles piratas chinos!

Pero, un día, cometí el error de dejar libre a Mongard a cambio de un plano de la isla de Lipis Bahru con la indicación exacta de la ubicación del tesoro de los Siete Durmientes de Oro. El muy canalla me engaño dándome un plano falso. Cuando fui a su encuentro para hacerle pagar su osadía nos tendió una trampa y tras una batalla de más de media hora consiguió hundir mis embarcaciones y capturarme.

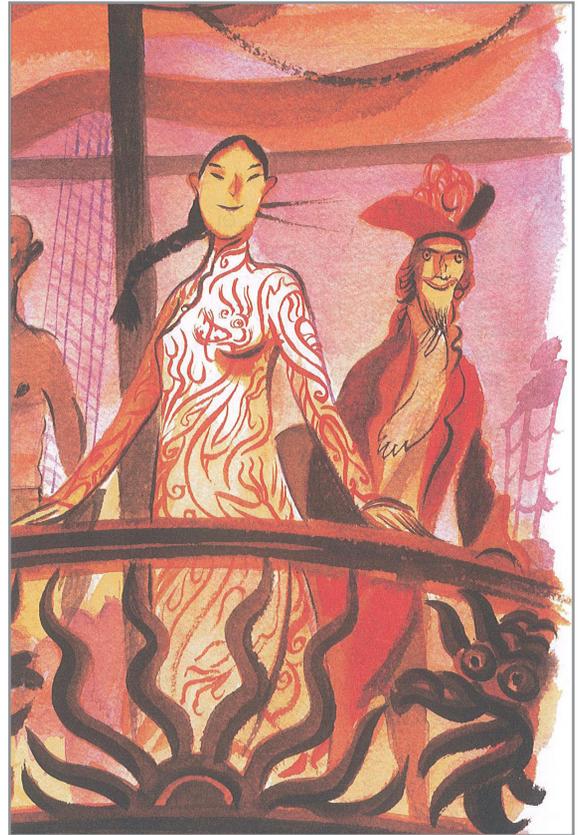
Fue el capitán Mongard, el Tijeras, el que se hizo con el tesoro, siete estatuas gigantes de oro escondidas entre la espesura de la selva, tumbadas en el suelo, enterradas y recubiertas por una espesa vegetación que las escondían. Las subieron a sus barcos, cuatro en el Halcón y tres en el Coímbra. Pusieron proa a Madagascar donde las vendieron por cien mil moidores. Su siguiente empresa es conseguir el tesoro del Gran Sultán, pero volveremos a encontrarnos.

-Y ahora, señores míos, la situación no precisa de complicadas explicaciones. Sois todos prisioneros. Nuestra jefa decidirá qué hacer por vos. Solo os deseo que llevéis en la sentina suficiente oro para... cómo os lo diría... ablandar a estos criminales que veis conmigo. De lo contrario... —e hizo una rápida señal de la cruz.

A sus espaldas apareció Cheng Shih.

Todos los piratas chinos inclinaron la cabeza en señal de devoción y sumisión.

Era una mujer de unos treinta años, morena, con larguísimos cabellos recogidos en una trenza sujeta por una cinta de seda con reflejos de oro y plata. Vestía un largo vestido blanco con dos dragones dorados enfrentados. En su cinturón de raso llevaba una espada corta con el mango de oro incrustado de piedras preciosas que brillaban bajo los rayos del sol deslumbrando a quien la miraba. (p. 23-24).



Mongard examinó el pie de Timmy y un segundo aullido le hizo comprender que se trataba de algo serio. Entonces llamó a Gamboa.

El musculoso hombrón rapado se cargó a Timmy a la espalda como si fuese un palitroque y siguió al capitán en el descenso hacia la playa. (p. 159).

